

madre, luego de María, madre de Dios, es el imperio, el poder, la misericordia, la santidad..... todo cuanto tiene el hijo.

En efecto, amados oyentes, supongamos por un instante que nuestra amada madre no es madre de Dios, ¿qué podíamos predicar de ella? ¿No diríamos que en su concepcion fué más sublime que todas las criaturas; no diríamos que semejante á una cándida paloma había subido hasta el collado de la divina esencia; no diríamos que encendida en el fuego del amor divino ofreció á Dios su virginidad y no diríamos que fué pura y limpia en su concepcion, vírgen antes del parto, vírgen en el parto y vírgen despues del parto. ¿Qué más? No diríamos ¡oh María divina! no predicariamos que eres la madre de la omnipotencia, que eres el trono y la madre de la misericordia, y por consiguiente, no diríamos que eres grande, ni singular, ni hija del Altísimo, ni bendita entre todas las mujeres, ni..... Sí, amados oyentes, si María, si la dulcísima María, si nuestra amorosa madre María no es madre de Dios, nada es. Luego si María es santa, si María es inmaculada, si es la alegría del cielo, si es la dueña de la tierra, si es más hermosa, más pura, más perfecta que los querubines, que los serafines, que los tronos, que las dominaciones, que los ángeles y que las potestades, es porque es madre de Dios, porque es madre del Altísimo, porque es madre de Jesucristo.

Nuestra madre la Iglesia, en la oracion que nos enseñó para que invocáramos la proteccion de María, no le dió otro título sino el de Santa María madre de Dios, como que en él están compendiados todos los demás; éste es el origen de todos los demás, y sin éste nada valen los demás. Luego, ¿quién es ésta que entre los lirios es intacta, entre los cedros incorruptible, entre los cristales sin mancha, entre las rosas sin espinas, entre todos los huertos el único cerrado, entre todas las varas sin nudo y entre las mujeres sin compañera? ¿Quién? ¿Quién, amados oyentes? María, madre de Dios. Luego aquella

niña divina que salió de la boca del Altísimo; aquella hermosa reina que capitaneando á los hijos de Dios, salió á pasear por la extension de la tierra, y á recorrer el inmenso cielo; aquella graciosa criatura que con su planta, todavia tierna y delicada aplastó la cabeza formidable del dragon del infierno; fué pura y limpia, porque es madre de Dios; voló hasta el collado de la divina esencia, porque es madre de Dios, y porque es madre de Dios es grande, poderosa, es singular, es misericordiosa, es dulce, es compasiva, es todo lo que es María.

Decidme ahora, amados oyentes, ¿delante de quién estamos postrados? ¿A quién adoramos en esa hermosísima imágen de Guadalupe? ¿A quién le tributamos todos estos honores, estas alabanzas? ¿A quién? Decidlo á voz en cuello: á María, sí, á María, madre de Dios; á María, madre de los hombres; á María, madre de los pecadores. Luego estamos postrados delante de nuestra madre. Angeles santos, postraos enhorabuena delante de María; pero siendo vuestra reina no tendreis la gloria de estar postrados como nosotros delante de nuestra madre. Arcángeles, entonad himnos y cánticos en la presencia de María, pero aunque superior á nosotros, no tendreis la gloria de alabarla como nosotros llamándola madre. Querubines, serafines, amad á María, pero no como á madre, porque sólo es madre de Dios y madre de los hombres, madre de Dios y madre de los pecadores. Madre.....

Y en esa hermosísima imágen de Guadalupe, ¿de quién principalmente es madre? ¿De quién? Bien lo sabéis, amados hermanos, que principalmente es madre de los mexicanos. Y si es madre de Dios, publicad, amados oyentes, publicad por todas partes que nuestra madre manda en el cielo y en la tierra; manda á los ángeles y es el espanto y terror de los demonios; que manda á los principados y reprime las furias del infierno, y en fin, que ella es nuestra madre, porque es madre de Dios; porque..... Dulcísima María, dame expresion para alabarte, dame gracia para ensalzarte, dame voz para decir to-

do lo que eres. ¿Pero quién podrá decir lo que es María? ¿Quién podrá alabar dignamente á esta preciosa criatura? ¿Quién? Calle nuestra lengua, calle la lengua de los ángeles y de los hombres, y que sólo alabe á María el mismo Dios que la crió. Sí, dulcísima María, que te alabe el Altísimo, que te alabe tu criador, que te alabe tu hijo Dios.

Pero, amados oyentes, aunque es cierto que no podemos alabar á María, vamos haciendo un juramento y es que quede nuestra lengua pegada al paladar si en alguna tentacion, si en alguna tribulacion, si en alguna afliccion no invocamos el dulce nombre de María, si no esperamos en María, sino confiamos en María. Sí, María, con todo el afecto de mi corazon, digo, que primero quiero que quede mi lengua pegada al paladar, primero quiero quedar mudo antes de dejar de invocarte en mis tribulaciones, en mis aflicciones y en mis tentaciones. Sea yo sepultado si en alguna ocasion dejo de amarte en esta vida. Te amo, dulcísima María, te invoco, te llamo para ser feliz en esta vida y despues en la otra.

DIA OCTAVO

María, ¿quién podrá dignamente hablar, devotísimos oyentes, de esta singular y nobilísima criatura? ¿Quién podrá decir todo lo que el Altísimo constantemente ha obrado á su favor desde que la concibió? Sólo por el título de reina que tiene y ejerce allá en los cielos sobre todos los ángeles y bienaventurados, y á favor nuestro acá en la tierra, tiene un fundado derecho á los honores más distinguidos y á las prerogativas más singulares. Por él aventaja á todo lo criado y se constituye Señora del cielo y de la tierra. Por él quiere la Iglesia santa que sea celebrado y exaltado su nombre. ¿Qué será por los dulcísimos títulos de madre del Criador, de madre del Salvador, de virgen prudente, de virgen fiel, de espejo sin mancha? ¿Qué será por otros muchos que la hacen, no sólo la alegría de la tierra, sino tambien del cielo? ¿Qué?... El poder, la grandeza y la gracia de María parece que alejan de ella al pobre y al miserable, y no le permiten ni siquiera levantar los ojos en su real presencia. Pero cuando oigo que nuestra madre la Igle-

sia en sus necesidades la aclama reina y madre de misericordia, mi corazon se dilata y no teme hablar en su divina presencia, porque estoy seguro que siendo reina de misericordia no desechará á los pobres, y por consiguiente no os desechará á vosotros. Os hará ver, pues, cuánta debe ser la confianza que todos debemos tener en María sólo por el título que tiene de reina de misericordia.

Constituido Jesucristo rey universal de todas las cosas, María, como madre suya, fué igualmente constituida reina del universo, y todas las cosas que están, ora en el cielo, ora en la tierra, ora sean ángeles, ora sean hombres, estando sujetas al imperio de Dios, lo están igualmente á la voz, á la voluntad de María. Domina, pues, ¡oh amable María! dispon á voluntad de los bienes de tu Hijo, pues siendo madre y esposa del rey del mundo, se te debe á tí como á reina, el reino y dominio sobre todas las criaturas.

Reina, pues, es María, mas sabed que es una reina dulce, clemente, inclinada al bien de nosotros pecadores. Reina, que significa piedad, misericordia, providencia para los pobres; reina, no emperatriz, que significa rigor y severidad. Sí, la magnificencia de los reyes y reinas consiste en aliviar, en socorrer á los miserables, y por esto en su consagracion se les unge la cabeza con aceite, que es símbolo de la misericordia, para denotar que reinando, sus pensamientos deben ser de piedad y beneficencia hácia sus vasallos. El oficio principal de los reyes son las obras de misericordia, pero de tal suerte que no se olviden de usar de justicia con los reos. No así María, amados oyentes, pues aunque reina, sin embargo, no es reina de justicia que pone la mira en el castigo de los malhechores, sino reina de misericordia, que solamente atiende á la piedad y al perdon de los pecadores. Por esto canta David que Dios, sí, el mismo Dios la ungió con el aceite de la alegría y no de la justicia para que todos nosotros, miserables hijos de Adán, nos alegrásemos pensando que tenemos en el cielo á esta gran

reina, toda uncion, toda castidad, toda misericordia, toda piedad para con nosotros, pobres infelices pecadores.

Se lee en el libro de Ester que reinando Asuero, salió en todos sus dominios un decreto por el que quedaban condenados á muerte todos los judíos. Mardoqueo, que era uno de los sentenciados, encomendó su vida á Ester, rogándole que se presentase al rey, á fin de que se revocase la sentencia. Rehusaba Ester hacer este oficio, temiendo que Asuero tomase de aquí más indignacion; pero Mardoqueo le dice: No pienses ¡oh Ester! que el Señor te ha puesto sobre el trono para que sólo te salves á tí misma, sino para alcanzar la salud á todos los judíos. Así habló Mardoqueo á Ester y así mismo me parece que todos y cada uno podemos decir á María: No sólo, dulcísima María, has sido exaltada á ese excelso grado de reina para tu gloria y para tu honor, sino para que siendo tan grande como eres, puedas compadecernos más y socorrernos mejor.

En efecto, se presenta Ester á Asuero como se lo había rogado Mardoqueo, y viéndola Asuero le pregunta qué peticion quiere hacerle y ella responde: Rey y señor mio, si he hallado gracia á tus ojos, si soy algo en tu reino, dame á mi pueblo por quien te ruego. Oye Asuero la peticion, queda encantado de la hermosura, de la humildad de Ester y en el momento manda que se revoque la sentencia. ¿Amará más Asuero á Ester que Dios á María? ¿Se podrá negar Dios á María cuando Asuero no pudo resistir á la peticion de Ester? Ester hermosa, Ester humilde. María bendita y bienaventurada; María la única que halló gracia á los ojos de Dios, María querida y amada de Dios más que todos los hombres y ángeles juntos; ¿qué no podrá alcanzar? ¿Será posible que Dios no la oiga? ¿Quién ignora la fuerza que tienen para con Dios los ruegos de María? Se presenta, pues, María, ante el trono de la divinidad y hablando con Dios, le dice: Mi Rey, mi Dios, si he hallado gracia á tu presencia, si me amas, dame estos pobres pecadores por quien te supli-

co. Amados oyentes, es una ley establecida allá en los cielos, que se use misericordia con aquellos por quien ruega María. Por esto, pues, la Iglesia santa la llama reina de misericordia, porque ella abre el abismo de la misericordia de Dios, cuando quiere, como quiere y á quien quiere; por esto no hay pecador que se pierda si María lo protege.

¿Temeremos, pues, devotísimos oyentes, que María no quiera interponer sus ruegos por algun pobre infeliz pecador, aun cuando se vea muy cargado de culpas y pecados? ¿Nos amedrentará la majestad y santidad de esta reina? No, dice San Gregorio, porque cuanto más alta, más santa, tanto es más dulce y piadosa con los pecadores que la quieren invocar. Los reyes y reinas con la majestad que ostentan se dan á temer; pero ¿qué temor pueden tener los miserables, dice San Bernardo, de ir á esta reina de misericordia, no hallando en ella el que va á buscarla sino dulzura y suavidad? María, no sólo da, sino que ella misma nos ofrece leche y lana: leche de misericordia para animarnos á la confianza, y lana de refugio para ampararnos de los rayos de la divina justicia.

¿Cuál deberá ser, pues, nuestra confianza en esta reina, sabiendo cuán poderosa es para con Dios? ¿Cuál deberá ser nuestra confianza cuando toda es misericordia, de modo que no hay persona ni viviente alguno sobre la tierra que no participe de sus favores? Yo soy, le dijo María á Santa Brígida, yo soy la reina del cielo y la alegría de la tierra, yo soy la puerta para introducir á Dios los pecadores. No hay pecador en la tierra que viva tan perdido, que esté privado de mi misericordia. Por eso será desdichado y para siempre desdichado en la otra vida el pecador que pudiendo acudir á mí, invocarme, llamarme y suplicarme, no lo haga, pues soy piadosa con todos y á todos deseo socorrerlos.

Acudamos, pues, pero acudamos á los piés de esta reina, si queremos salvarnos; si nos atemorizan, si nos

espantan nuestros pecados, entendamos que María para este fin ha sido constituida reina de misericordia, para cuidar de los pecadores y á los más grandes pecadores que quieran ocurrir á ella. Estos, los pecadores, son su corona en el cielo, como le dijo su divino Esposo. Ven, Esposa mía, descende del Líbano, de esos montes que son guarda de leones y morada de leopardos, ven y serás coronada. ¿Y quiénes son esas madrigueras y cuevas de ladrones sino los miserables pecadores? Pero convertidos por medio de ella serán su corona en el cielo.

DIA NOVENO

DIA NOVENO

¿Quién, por fin, amados oyentes, es esta mujer que siempre que la consideramos, se nos presenta reclinada en el brazo de su amado, ceñida con su omnipotente virtud, siempre hermosa y siempre pura? ¿Quién es ésta que semejante á una hermosa pintura brilla y resplandece en este gran lienzo del universo, sobre los cielos, sobre las nubes, sobre las selvas? ¿Quién, quién es ésta semejante á un grande y magnífico edificio en el que se ha atesorado, para su construcción, un cúmulo inmenso de riquezas? Respondedme, amados oyentes, respondedme, ¿quién es ésta que por todas sus partes se ve rodeada de mil gracias y bañada con el raudal de las liberalidades del Altísimo? Es tan semejante á Dios, tan parecida á la claridad del Todopoderoso, que dejándose ver, ó como un rayo de su eterna luz, ó como imagen de su bondad, á los mismos ángeles los llena de admiración y los obliga á preguntar por su nombre. ¿Quién, pues, es

esta criatura tan rara, tan singular? Es María, amados oyentes, es María, reina de los cielos y de la tierra; es María, nuestra amorosa madre; es María, la que trajo la salud á las naciones, la que anunció la alegría al cielo y el gozo á la tierra. Es María, entre todas las criaturas, el objeto único de las complacencias de Dios. Siempre se predicarán cosas grandes de María; los entendimientos más limitados dirán cosas admirables de María; para tributar, pues, dignas alabanzas á su sér inmaculado, considerémosla ahora como el objeto único de las complacencias de todo un Dios.

Que María es el objeto único, entre todas las criaturas, de las complacencias de Dios, no cabe duda. ¡Con cuánta razón, con cuánta justicia no se complace el Señor en esta obra de sus manos! ¿Cómo no había de amar Dios á esta criatura? Todos los teólogos convienen en que desde el instante mismo de su concepción sin pecado, se infundió á María una ciencia y una caridad perfecta, de suerte que desde aquel momento ella conoció las divinas perfecciones mejor que todos los ángeles, y amó á Dios más que á todos juntos. Contempladla, pues, amados de mi corazón, en el instante en que felizmente nació del seno de Señora Santa Ana; en ese mismo momento esta niña pequeñita contempla á Dios con toda claridad, lo ama con fervor, lo adora con la religión y le tributa un culto puro, culto de espíritu y de verdad. Profundamente se humilla en su presencia y se resigna á su voluntad, engrandece su misericordia y le agradece sus beneficios. Su llanto eran alabanzas que le tributaba; cada una de sus respiraciones eran otros tantos esfuerzos que hacía para buscarle, y su cuna era un altar desde donde consagró á Dios todos los afectos y las primicias de su vida. Todavía no articulaba una palabra y ya entonaba el tres veces santo de los serafines, pequeñita magnificaba al omnipotente, envuelta en pañales..... Pero ¿puedo acaso describiros los primeros actos de caridad de esta niña de Dios? No sabré decir cuáles fueron los primeros pasos